

Lolita, a lo grande

Javier Villán

Parece ser que cuando Natalio Grueso propuso a Joan Ollé que montara *La plaza del diamante*, de Mercé Rododera, el director catalán respondió qué iba a hacer él con Lolita de Colometa. Yo hubiera respondido lo mismo, aun teniendo en el recuerdo una buena interpretación de la Flores en *Ana en el trópico*; y su graciosa monja de *Sofocos*, lo mejor de un espectáculo aburrido y tosco que pretendía ser humorístico.

[...] Colometa es la inocencia mancillada, la superviviente, la viuda de una posguerra atroz de la cual *La plaza del diamante* da testimonio contundente; belleza trágica de la palabra de Mercé Roreda.

Lolita Flores es actriz; no es sólo una folclórica, para lo cual tampoco le falta arte y talento sobre todo para quienes amamos el folclore y damos a esa palabra un alto significado. En este aspecto quizá le falte la genialidad de la Faraona; [...] Momentos hay en este monólogo en que, por encima de la tragedia de una vida, la Colometa de Lolita muestra la vertiente cotidiana y

amable de una mujer feliz. Feliz e ingenua en sus relaciones amorosas, desconcertada ante la guerra que no entiende. Colometa, hambrienta en la viudedad, y agradecida y leal al hombre mutilado y bueno que la desposa y protege.

Es un monólogo a varias voces que Lolita Flores matiza con una trágica delicadeza. Se desdobra en los señores de la casa donde sirve, en las amigas compasivas, en el esposo muerto, en el nuevo marido. Y en la madre feliz que comprueba cómo al final las desgracias son recompensadas. Una Colometa con el don sagrado de la bondad, el sacrificio y, pese a todo, confiada en el ser humano.

Por el banco de las palomas, desde el que Colometa nos cuenta sus múltiples vidas, desfila la España de aquella incivil guerra y la posguerra atroz. Para esa vida múltiple se necesitaba una actriz de tantos registros como ese personaje zarandeado por la vida. Joan Ollé y la novela de Merce Rododera la hallaron en Lolita.

